

Longevidad para después de la guerra

«Desgraciadamente es imposible vivir muchos años sin envejecer», suelen decir sentenciosamente los franceses, atribuyendo la sentencia al caballero Du Pailisse, el Perogrullo del otro lado de los Pirineos. Esta verdad lamentable puede ser desmentida cualquier día por la doctrina bacteriológica de la vida sin vejez, a la que ha consagrado todos sus afanes el doctor Prudencio Mendoza, del Paraguay.

En estos momentos, el doctor Mendoza visita Montevideo, donde ha hecho unas declaraciones mucho más alentadoras que las del famoso doctor Besancon, quien, al fin y al cabo, no cree sino en la tercera dentición —no importada de los Estados Unidos—, y eso de una manera vaga y relativa. El doctor Mendoza afirma que la vejez no es más que una intoxicación producida por los microbios saprófitos y por las bacterias patógenas que se encuentran en el campo del hombre, cuando éste llega a los 45 años, campo apropiado para su lamentable acción destructora. Los elementos generadores de la decrepitud por el fenómeno ecléctico de los tejidos permanecen oscuros y ocultos en el organismo, escapando a todos los métodos de investigación. «Pero un hombre bien aseptizado —dice el doctor Mendoza— podría vivir con toda su vitalidad más de cien años y llegar a la tumba sin sufrimientos».

El doctor Mendoza se lamenta de que el estudio del divino y largo tesoro de la juventud no haya sido incorporado todavía a las Facultades de Medicina americanas. El hace todo lo que puede desde el Paraguay. No se trata, pues, de vivir más que ahora, sino de vivir joven cuando se viva. Algo de lo que buscaban los alquimistas del Medioevo entre sus retortas y sus pajarracos diseados y algo de lo que consiguieron los hombres de letras, — con mucha mejor fortuna, por medio de pactos retóricos con Mesifistófeles.

Probablemente, las declamaciones del doctor Prudencio Mendoza habrán sido recibidas con entusiasmo en miles de lechos donde se retuercen la sialica como un alambre y en miles de carritos con ruedas. Hoy, el saprófito de la decrepitud es un arma secreta, pero quién sabe si algún día dejará de serlo. Dulce esperanza de la Humanidad. Por ahora el hombre no sólo no puede vivir muchos años sin envejecer, sino que tampoco puede vivir muchos simplemente. No se ha descubierto aún la manera de llegar joven a viejo, ni siquiera el modo de llegar a viejo de cualquier forma, pese a los candorosos pronósticos del doctor Mendoza del Paraguay. Pero quizá todo ello se arregle en la próxima Conferencia de la Paz.